

La inversión de la historia: salvajes y civilizados en las Indias

Pedro Quintín Quílez¹

*El rechazo a la civilización*² es el resultado de una persistente obsesión: escribir una historia (de España y de América Latina) que trascienda los modelos historiográficos dominantes u oficiales. Frente a la *Historia Sagrada*, leyenda apologética que hace de la colonización de América un altruista acto de salvación de poblaciones salvajes y atrasadas, Miquel Izard, deslegitimando tales presupuestos, quiere ofrecer una lectura alternativa.

Americanista a palos

La obra de Izard ha girado sobre dos grandes ejes: la historia de su tierra natal, Cataluña, y la historia de aquella otra tierra que le dio acogida en sus años de exilio, Venezuela (y, por extensión, América Latina)³. A ellos ha dedicado tanto sus investigaciones como los cursos –siempre atestados de estudiantes– en la Universidad de Barcelona. En el pregón que abre el libro (“Sepan cuántos”), explica su inserción en la historia de América, con la que se topó primero, una vez expulsado por el franquismo de la universidad española, al vincularse a la Universidad de los Andes (Mérida) y, después, tras su regreso a la Universidad de Barcelona, al tener que devenir americanista cuando vio parcialmente cortada su dedicación a la historia de Cataluña.

Esta trayectoria vital ha repercutido doblemente en su obra. Por un lado, le permitió descubrir, en primer lugar entre las gentes del Llano venezolano e, inmediatamente después, entre otros grupos subalternos de la región, la larga serie de resistencias que los enfrentaron a los poderes coloniales y republicanos. Por otro, constatar que su regreso a la universidad española no implicaba que se hubieran trastocado significativamente los modelos de interpretación de la historia americana

¹ Profesor, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad del Valle, Cali. Grupo de investigación: Migración, urbanización e identidades de las poblaciones afrocolombianas

² Izard, Miquel, *El rechazo a la civilización. Sobre quienes no se tragarón que las Indias fueron esa maravilla*, Ediciones Península, Barcelona, 2000, 219 páginas.

³ Sobre América Latina, destacamos los libros: *El miedo a la revolución. La lucha por la libertad en Venezuela (1777-1830)* (1979), *Tierra Firme. Historia de Venezuela y Colombia* (1987), *Orejanos, cimarrones y arrochelados. Los llaneros del Apure* (1988), *Latinoamérica, siglo XIX* (1990), *El poder, la mentira y la muerte. De El Amparo al Caracazo* (1991).

sino que, antes bien, y pese al fin de la tenaza franquista, se los venía reforzando, paradójicamente, sería bajo un gobierno socialista que, en 1992, esa historiografía tendría su punto culminante con la aparatosa celebración del quinto centenario del *Descubrimiento*.

Si el conocimiento de las pequeñas historias de poblaciones subordinadas llenó sus textos de un “resistocentrismo” y populismo exacerbados, ello tiene que ver, a mi entender, con la necesidad sentida por Izard de forzar la atención de sus lectores hacia perspectivas lo más opuestas posible a las reiteradas *versiones oficiales*. Fácilmente se puede intuir que, en esa postura radical (compartida por otros académicos), se encuentra una lucha soterrada contra los muchos historiadores *hispanófilos* que permanecen encastillados en los departamentos de historia de América de las universidades españolas.

¿Quiénes son los civilizados? Las Indias como maravilla frente a la ceguera occidental

Aunque algunos de los capítulos ya han sido publicados en libros o revistas especializadas, *El rechazo a la civilización* tiene una fuerte unidad y articulación, además de una cuidada escritura nunca exenta de las ironías y guiños, salpicados a menudo por modismos populares latinoamericanos, característicos de Izard. Desgranándose capítulo a capítulo, pasamos del desmonte de la *leyenda legitimadora* de la conquista a la reivindicación de un modelo alterno.

En “De Isabel y Fernando el espíritu impera...” se muestra el estrecho vínculo entre la construcción de una visión miserabilista de los indígenas (bárbaros, caníbales, sanguinarios y atrasados) y la mirada panegírica de la colonización española (civilizadora, cristianizadora, humanística y redentora) durante el primer franquismo (1939-1954). La dictadura invirtió esfuerzos en instaurar un espacio académico donde cuajar ese discurso (en universidades y centros de investigación, con sucursales en América Latina) y desde donde difundirlo (mediante premios y revistas). Dentro de ese proyecto, al que se vincularon pensadores españoles (como R. de Maeztu o M. García Morente) y americanos (C. Pereyra, J. Vasconcelos o los colombianos C. Restrepo Canal y G. Hernández de Alba), destaca la construcción de una idea de *hispanidad* que, en sintonía con los postulados franquistas, ubicaba a España en una posición excepcional dentro de la historia mundial. En tanto su *grandeza* se veía encarnada en la *gesta* americana (como antes lo había sido en la expulsión de la Península de *moros y judíos*, y después, con Franco, de *comunistas, protestantes, separatistas y masones*), era preciso limpiar la memoria de los residuos de la *leyenda negra* que sus detractores extranjeros (ingleses, franceses, holandeses) e internos (Las Casas o los indigenistas) habían tejido desde el siglo XVI. Era una labor de remodelación del pasado que, recurriendo al olvido, hacía de la colonización española un modelo político casi perfecto (pues no siempre podían ocultarse los excesos) y, por tanto, digno de envidia. Izard muestra además que hubo pensadores

españoles que, sin compartir los preceptos franquistas (como S. de Madariaga, republicano exiliado), participaron de esas ideas.

Desenmascarada esta versión, en “El rescate de la memoria y la neutralización del olvido” Izard nos presenta la suya. Perfila así un panorama de lo que debió ser la América pre-hispánica, imagen invertida de la sociedad *excedentaria* europea. Los americanos eran –en un 90%, pues se excluye, sin justificación, a los grupos demasiado parecidos a los europeos– autosuficientes, pacíficos, naturales, lúdicos, hedonistas, comunitarios y armónicos. Contra lo que argumenta la *Historia Sagrada*, tal *civilización* fue destruída por la conquista. Aun con dificultades (pues se trató de esconder la información), es factible rehacer tanto la historia de los abusos cometidos (muerte, desplazamiento, tortura) como de las reacciones que se generaron entre los indígenas y entre los europeos y africanos que, al llegar a las Indias, escaparon de las coerciones del orden colonial. Aparte del sinnúmero de indígenas que se sometieron de mejor o peor gana, cristalizaron dos grandes formas de resistencia: por un lado, la de aquellos grupos que se enfrentaron a los colonizadores hasta desaparecer; por el otro, la de quienes, reconociéndose impotentes, se retiraron hacia espacios vacíos o de poco interés para los europeos donde formaron *quilombos*, *rancherías* y *cimarroneras*. Simulaciones, huidas y revueltas se combinan desde entonces en la historia americana, persistiendo sus huellas en las actuaciones solidarias que, por ejemplo, se dan hoy entre los grupos indígenas o entre los sectores marginales de las ciudades, donde se recrea aquella ‘cultura autosuficiente originaria’.

Sigue la ilustración del modelo. En “La encrucijada de las Antillas” describe el paraíso en que vivían los indígenas de las islas del Caribe, según se desprende de los relatos de los viajeros, y sus sucesivas resistencias a la colonización: desde el escape del trabajo forzado y la esclavitud, hasta, más excepcionales, las revueltas. Se destacan en este caso las figuras de los *bucaneros* y *filibusteros*, asociados por la mitología popular a la piratería. Eran más bien grupos constituidos por individuos marginales (esclavos huidos, europeos desadaptados, endeudados, soldados desertores, delincuentes presos que se fugaban, etc.) dedicados a la ganadería y la agricultura autosuficientes, al margen de las empresas coloniales. Sólo temporalmente actuaban como corsarios. Escapando al control de las potencias coloniales, habían de resistir por años fuertes embates por domeñarlos.

En “Cabello planchado, origen negado” se expone el caso de República Dominicana, cabeza de puente de la colonización americana. El más palmario de sus muchos secretos es el ocultamiento de la mayoritaria procedencia africana de su población, con el correlato de que es a los vecinos haitianos a quienes se tacha de *negros*. Tras detallar las peculiaridades que allí revistió la colonización (exterminio de indígenas, ocupación sucesiva por diferentes potencias europeas, esclavitud generalizada y con resistencias duramente sofocadas sobre todo a partir del pánico provocado por la revolución haitiana de 1791), se desmenuzan las esperpénticas contorsiones que los *intelectuales* locales (Joaquín Balaguer entre otros) han tejido

para *demostrar* el predominio del *espíritu hispánico* en la identidad nacional; en ello jugó un papel clave el fomento del desprecio hacia los haitianos, convertidos en enemigos de la patria lo que alcanzaría su cenit con las cacerías de haitianos estimuladas por el dictador Trujillo. El último capítulo, “Poca subordinación y menos ambición”, puede considerarse una conclusión substantiva del libro, en este caso a partir de ejemplos de México y Nicaragua.

Los límites de la inversión

La aproximación de Izard, ¿permite superar el modelo de la *Historia Sagrada*? La respuesta es, al mismo tiempo, afirmativa y negativa. Afirmativa, porque muestra los abusivos sinsentidos, las contradicciones lógicas –en forma de absurdas filigranas destinadas a defender lo indefendible– y, especialmente, el menosprecio hacia cualquier información que ponga en duda la versión *oficial*. Negativa, porque su perspectiva no escapa a los marcos interpretativos profundamente dicotómicos de la versión oficial, quedando en consecuencia entrampada en sus mismos límites.

El título del libro resume perfectamente mi argumento crítico. Hubo *civilización* pero, contra la interpretación usual, ella se encontraba del lado de los colonizados: antes de la conquista las Indias eran una *maravilla*, pero sus conquistadores no se dieron (o no quisieron darse) cuenta. En consecuencia, y a la inversa de lo que establece la *Historia Sagrada*, todas las virtudes estaban del lado indígena y todas las maldades del de los colonizadores. Se asume así una mirada, no tan nueva⁴ pero sin duda cada vez más generalizada, según la cual los otros (en este caso los indígenas) no son sino la afortunada inversión especular de nuestros propios defectos.

Sin embargo, mantener tan atractiva perspectiva supone hacer también ciertos *trapicheos*. Quizás el más evidente es el de la exclusión arbitraria de ese mal medido 10% de indígenas (entre los que imaginamos a incas y aztecas) cuyas estructuras sociales se parecían demasiado a las europeas. Pero implica también la homogeneización del 90% restante (¿acaso la gran cantidad de grupos que habitaban el continente desde el círculo polar ártico hasta la Patagonia cabían bajo los mismos adjetivos?) y el desconocimiento de las desigualdades, violencias y dominaciones que existían también en el seno de (y entre) los distintos grupos –como las de género, por citar sólo una de aquellas a las que hoy somos más sensibles. Igual de precario resulta colocar en un mismo cajón, sin mayores matices, a todos los grupos de *disidentes* que resultaron de la colonización: ¿acaso no es pertinente distinguir entre aquellas poblaciones indígenas que, en constante huida, fueron replegándose hacia las profundidades de las selvas húmedas tropicales, evitando cualquier contacto con los invasores, y aquellas otras que, desde su marginalidad, pero a

⁴ En el libro se encuentran varios ejemplos de este tipo que son usados como fuentes primarias: tan juicioso a la hora de hacer la crítica de los apologistas de la conquista, Izard parece sin embargo poco precavido cuando precisa apoyarse en los relatos de quienes hicieron descripciones benignas de los *disidentes* (cfr., entre otras, las páginas 97 y ss.).

partir de una simbiosis más o menos funcional a los intereses de los europeos, fungieron precisamente de avanzadilla en la colonización de los mismos bosques?

Mi crítica de la anterior dicotomía implica un segundo aspecto: el abuso de un modelo de interpretación construido de forma casi exclusiva sobre la *resistencia* de los subordinados y marginados (que contiene, como correlato, una teoría de la conspiración de los dominadores). No puede negarse que esa dimensión de resistencia en las relaciones entre grupos desiguales ha sido una constante y, por ello, es una buena pista para tratar de dar cuenta de procesos como los de la colonización americana. Sin embargo, so pena de simplificar la comprensión de lo acaecido, no puede olvidarse que se dieron también otras tantas formas de adaptación y cohabitación, cuando no de cooperación, con los conquistadores. Pues, de la misma forma que las divergencias y conflictos entre los europeos hicieron que algunos de ellos pasaran a engrosar las filas de los que habían huido del control colonial, muchos de los pertenecientes a los grupos dominados se vieron abocados, unas veces de forma forzada y otras por propia voluntad, a la colaboración. Entre estos, algunos incluso habrían de ser usados por los dominadores para luchar contra sus propios pueblos y, aún otros, habrían de convertirse en sus explotadores más virulentos.

Además, resulta llamativo, por decir lo menos, que un mismo tipo de explicación sirva para dar cuenta de procesos tan lejanos en el espacio (incluso, en este caso, dentro de la más estrecha circunscripción geográfica del Caribe) y tan dilatados en el tiempo (pues van desde el inicio de la conquista hasta llegar a las vidas cotidianas de nuestras ciudades de hoy). ¿A costa de cuántos *olvidos* ha sido construida esta historia alternativa? ¿Cuántos de los diferentes acontecimientos narrados –si es que hubo alguno– pueden ser reducibles a una única dinámica histórica? A veces, leyendo el texto, se tiene la sensación de que bajo una explicación tan genérica se cobijan cosas difícilmente equiparables (cfr., por ejemplo, las páginas 93-94).

El subtítulo del libro permite introducir una última discusión. A lo largo del texto se ironiza sobre las historiografías *oficiales* calificándolas de ‘leyenda’ y de ‘Historia Sagrada’, es decir, remitiéndolas justamente al mundo de las creencias o de las ideas a-referenciales. Sin embargo, al hacer uso del verbo ‘tragar’ –legible en este caso a partir de su sentido figurado como ‘dar crédito a las cosas, aunque sean inverosímiles’– para afirmar a las Indias como maravilla, Izard pareciera querer mantener el debate en una discusión entre dos versiones de la historia cuya resolución sólo tendría lugar en el ámbito de las creencias. Sin pretender entrar aquí en un debate epistemológico sobre el carácter de la historia como disciplina, que no es el caso, sí se podría esperar que los abundantes reclamos de referencialidad que plagan el texto (en forma de citas de crónicas, relatos y materiales de archivo) persiguieran algo más que simplemente convencernos gratuitamente de la bondad de su versión; en otras palabras, que la interpretación propuesta pretendiera ser una mejor lectura del pasado no sólo por ser más verosímil, sino por resultar la más informativa, explicativa y acorde con los datos recopilados.

El péndulo de la interpretación de la historia de América oscila, con textos como el de Miquel Izard, hacia el extremo opuesto a aquél que habría sido por momentos dominante en la academia española (y cuyos rezagos a veces son, por desgracia, demasiado sensibles también entre nosotros). Al ofrecer la posibilidad de leer la historia desde una posición invertida, un libro como *El rechazo a la civilización* tiene el mérito de obligar a desplazar nuestra mirada. Lo cierto es que, tras leerlo, pocos pueden atreverse a retomar sin más la *Historia Sagrada*. Sin embargo, tampoco puede acogerse totalmente y sin discusión la *versión alternativa*: por estar fijada al mismo eje que la *versión oficial*, la perspectiva ofrecida difícilmente permite obtener un ángulo de visión lo suficientemente amplio y al mismo tiempo detallado como para que dé conveniente cuenta de las vicisitudes particulares que han vivido los diferentes pueblos americanos.

Cali, junio del 2001